

DANIEL PITTET

«La Iglesia tiene que reconocer públicamente a las víctimas»

Daniel Pittet fue víctima de abusos sexuales durante cuatro años cuando era niño por parte del sacerdote Joël Allaz. Ahora ha publicado su doloroso testimonio de infierno y su proceso de sanación en el libro *Le perdono, padre*.



ERA un niño depresivo. Con malos resultados académicos y de mal comportamiento en clase, no tenía amigos. Siempre triste en su rincón. Así era el suizo Daniel Pittet entre los 9 y los 13 años, cuando cambió bruscamente de personalidad. La maestra lo relacionó con el duelo natural por la muerte de su abuela y la enfermedad de la madre, y le envió al psiquiatra. Él, en cambio, vivía en secreto un auténtico calvario: sufría abusos sexuales por parte del capellán de la catedral de Friburgo, el capuchino Joël Allaz.

Cuatro años de infierno que vivió con la esperanza de que alguien

descubriese su oscuro secreto. Su tía abuela, sospechando de una relación malsana, le prohibió seguir yendo a casa de su violador. «¿Estás contento?», le preguntó. Pero jamás le preguntó si el padre Allaz le violaba o abusaba de él. No se expresaba con palabras aquello que se intuía. Ese era el lenguaje de la Iglesia. No hubo denuncias. Ninguna conversación. No hubo apoyo psicológico ni un seguimiento en el rescate de su dignidad.

La prohibición fue su liberación. Todo se detuvo sin más y él cerró la lápida de aquel episodio infernal. Han tenido que pasar más de cuarenta años de herida silen-

ciada. Nada menos que dieciocho años de terapia y otros muchos casos como el suyo para decidirse a levantar con 57 años esa losa del secreto y de lo oculto en el libro *Le perdono, padre. Sobrevivir a una infancia rota* (Ed. Mensajero, del Grupo de Comunicación Loyola).

El papa Francisco lo define en el prólogo que lo blinda como: «Un testimonio necesario, precioso y valiente». La autoridad pontificia lo resguarda con palabras contundentes porque hace «saltar la losa de plomo que ahogaba los escándalos y los sufrimientos y proyecta la luz sobre una terrible oscuridad en la vida de la Iglesia». El Papa es claro ante esta monstruosidad: «Debemos mostrar una severidad extrema con los sacerdotes que traicionan su misión, así como con sus superiores jerárquicos, obispos o cardenales, si les protegen, como ha ocurrido en el pasado».

Un testimonio poderoso e iluminador, narrado por su protagonista con la dureza que exige la verdad. Hoy tiene 58 años, es bibliotecario en Friburgo, está casado y es padre de seis hijos. Antes de poder escribir el libro, Pittet tuvo que levantar su

«Este libro es un ejercicio de verdad, después de tantas ocultaciones y sufrimientos»,
Mons. Ricardo Blázquez.

propia losa. Desenterró esa parte de su vida que le silenció durante muchos años y le hirió para siempre. Experimentó impotencia, cólera, tristeza, odio, desesperación, abandono, cobardía. Una mezcla de todo tipo de emociones que durante mucho tiempo trató de ocultar.

Él emplea la palabra para expresar la dolorosa verdad, la profunda huella de aquella imborrable experiencia a través de este terrible relato y, a la vez, esperanzador. Sí, la esperanza adquiere importancia cuando habla de una vida reconstruida, a pesar de tantas atrocidades como vivió. Una historia que se abre a la sanación desde la justicia y el perdón. A pesar de todo, reconoce que llevará la herida hasta la muerte. Las doscientas violaciones que sufrió, y aunque solo hubiera sido una, dice que se pueden perdonar, pero no olvidar. «Sufriré hasta mi muerte, pero he recibido el don precioso de conservar la fe y desear seguir trabajando por ella toda mi vida».

Usted mismo pregunta «¿Cómo podría comunicar un niño una cosa semejante?». ¿Quiénes impusieron el silencio?

El silencio es la clave de esta realidad. El silencio de la víctima por la vergüenza que siente y porque con frecuencia lo niega para poder sobrevivir. En mi caso fue así. Lo silenció y oculté hasta que me he sentido capaz de contarlo.

El silencio de la Iglesia y el silencio de los que te rodean. Muchos miembros

de la familia intuyen que está pasando algo y miran hacia otro lado. Y un niño que sufre abusos piensa que es el único. Si supieran que hay más niños como él, sería distinto. Es una lacra muy extendida. En prácticamente todas las familias hay algún caso.

¿Cómo decide hacer público su testimonio y recogerlo en un libro?

Este libro nace como una invitación del papa Francisco. Trabajé durante tres años en la publicación de *Amar es darlo todo*, un libro sobre la vida religiosa que se publicó con motivo del Año de la Vida Consagrada. Se tradujo a dieciséis lenguas y se repartieron millones de ejemplares. Cuando lo terminé, visité al Papa y me preguntó por mis fuerzas para hacer todo el trabajo y yo le contesté que fue la fuerza del Espíritu Santo, San José y Santa Teresita del Niño Jesús.

Él insistió en que debía haber algo más que me empujara a esto y yo le contesté: «Sí, hay algo más, papa Francisco. Cuando era niño fui violado durante cuatro años por un sacerdote». Se sorprendió, se emocionó y me preguntó si había escrito algo. Le dije que sí, pero de carácter privado. Lo había escrito para entregar a mis hijos un relato más completo, a modo de testamento.

El Papa me pidió entonces que lo tradujera al español o al italiano

y que se lo enviara. Al día siguiente de recibirlo me llamó y me dijo: «He llorado leyendo este libro». Y me entregó un texto que sería el prólogo para publicar el libro. Un texto confidencial.

Francisco es tajante en el prólogo y se pronuncia desde la tolerancia cero en los casos de abusos en el seno de la Iglesia. ¿Qué debe hacer la Iglesia?

Lo fundamental que tiene que hacer la Iglesia es reconocer públicamente y por escrito a las víctimas. Esa es la base para todo lo demás. Si uno no es reconocido, es imposible superar todo lo demás. Para ello, el obispo tiene que reflejar por escrito el nombre de la víctima y del agresor.

He de decir que me alegra ver que la Iglesia va dando grandes pasos. Primero con Benedicto XVI y después con Francisco. Espero que estos avances repercutan en la sociedad, porque la mayoría de los abusos se dan en las familias y ahí sí que hay un grueso muro y donde es más complicado denunciarlo. Debo insistir en que el 80% de las agresiones se produce en el entorno familiar, el 19% en las asociaciones juveniles y un 1% en la Iglesia.

¿Es consciente de que a muchas personas le resulta difícil y hasta imposible entender su perdón? El mismo sacerdote que abusó de usted no creía que le hubiera perdonado.

Es difícil perdonar, pero si uno no perdona, no puede avanzar en la vida. ¿Hay que seguir siendo una víctima toda la vida? La única manera de ponerse en pie y poder continuar es el perdón.

En una conferencia desde el público me recriminaron que hubiera perdonado. Insistían en que un



El Papa animó a Pittet a enviarle su testimonio, para el que inmediatamente preparó el prólogo.



■ Le perdono, padre

delito así no se podía perdonar. Entonces una mujer de raza negra se puso en pie. Dijo que era de Ruanda y que había visto cómo mataban a sus cinco hijos ante sus ojos. Un relato muy triste que terminó reconociendo que ella también había perdonado. Toda la sala se quedó en silencio y me acerqué a abrazarla. Esta mujer estaba ahí, de pie, porque había perdonado. Sino estaría hundida.

¿Cómo definiría ese proceso interior para llegar a perdonar?

Es un proceso largo y laborioso. Llevo veinte años con ayuda de un psiquiatra. He podido ser libre gracias al perdón. Y debo agradecerse a la Iglesia, donde me he encontrado con un sacerdote que me violó casi diariamente. pero también con personas que me ayudaron a ponerme en pie. Por eso amo a la Iglesia y siento la fuerza para perdonar y dar este testimonio.

Una vez publicado el libro, he recibido muchas cartas de todo el mundo. Muchas personas son víctimas, pero también me han escrito pedófilos. No solo sacerdotes. Recibí una carta de quince folios escrita a mano por un médico, en la que trata de explicar lo inexplicable. Me interesé por entrevistarme con él, pero rehusó. Yo no soy psicólogo ni psiquiatra, pero a través de mi experiencia y de mi sufrimiento he recibido el don de poder entender a las personas que sufren. Después de todo, me he dado cuenta de que no solo las víctimas de la pedofilia sufren, sino también los pedófilos.

Encontrarse personalmente con Joël Allaz es una evidencia de su perdón. Como también lo es recoger en el libro su testimonio como



El presidente de la Conferencia Episcopal Española (CEE), el cardenal Ricardo Blázquez,

pederasta que abusó de 150 niños. ¿Por qué?

Cuando leí su testimonio llamé al obispo para comunicarle mi deseo de entrevistarme con él. En ese momento estaba preparado para volver a verlo, antes no me habría sentido capaz.

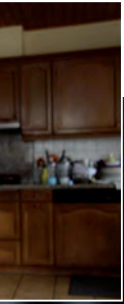
Esa tarde me sentí contento por la fuerza de encontrarme con él, pero triste por el estado en que lo encontré. Por sus sufrimientos y sus remordimientos. El padre estaba convencido de que iría al infierno por el mal que había hecho y yo le contesté que Dios le perdonaría y que estaríamos juntos en el paraíso.

MAGDALENA GONZÁLEZ PARRA

El Papa condena

«Le doy las gracias a Daniel porque testimonios como el suyo hacen caer el muro de silencio que ahogaba los escándalos y los sufrimientos, y proyectan la luz sobre una terrible zona de sombra en la vida de la Iglesia. Abren el camino a una justa reparación y a la gracia de la reconciliación, y ayudan asimismo a los pederastas a tomar conciencia de las terribles consecuencias de sus actos», papa Francisco

La decisión del papa Francisco de firmar, con toda su autoridad



con Pittet en la presentación del libro en Madrid.

Los abusos

pontificia, el prólogo de este testimonio sobrecogedor sobre la pedofilia en la Iglesia es valiente. «Me hace feliz que otros puedan leer hoy su testimonio y hasta qué punto puede entrar el mal en el corazón de un servidor de la iglesia». Sus palabras son un importante gesto de unir su nombre a un relato incómodo y directo. Su pensamiento, al hilo de la historia declarada de Pittet, le pone en el centro de esta difícil y urgente reflexión en el seno de la Iglesia.

La biografía quebrada y reconstruida sobre el perdón

«Muchas personas no pueden comprender que no le odie. Yo le perdono y he construido mi vida sobre el perdón».

Daniel Pittet, escribe su vida erguida en el perdón y en una fe inquebrantable. «Parto con mal pie en la vida. Soy un superviviente», escribe en las primeras líneas. Su madre encinta de 8 meses de él, recibe una paliza de su esposo que padece una paranoia. Una vida familiar caótica donde crece inseguro y débil, física y psíquicamente. Madre e hijos recibieron apoyo de miembros de la iglesia para sobrevivir a la enfermedad de ella y a las penurias económicas de la familia.

En el seno de la iglesia que les acoge y ayuda, la fragilidad del protagonista rompe por los abusos de un sacerdote capuchino conocido en

la catedral y de toda confianza de su familia.

El calvario comenzó cuando tenía 9 años y duró cuatro años. «Con 12 años, me arrodillé ante el Santísimo Sacramento y pronuncié estas palabras: "Jesús, perdono a este pobre imbécil, porque tiene dos caras y no puede evitarlo. Pero libérame de sus garras". Lloré. Me acuerdo de ese momento como si fuera ayer. Perdonar, a esa edad, significaba no guardarle rencor por sus actos».

Su lucha persistió alentado por encontrar el reconocimiento como «hombre herido» por parte de la Iglesia, el sacerdote pederasta y su congregación, por la justicia y la sociedad. En 2003 recibió las indemnizaciones por daño moral de la Iglesia y de la congregación. No satisfecho, reivindicó las disculpas del «verdugo» y en 2004

recibió una carta del sacerdote: «Vengo a pedirle perdón: ¿es posible? La culpa es enorme».

Daniel Pittet se reencontró en 2016 con el hombre que abusó de él repetidamente. Era una necesidad que sentía en lo profundo y entonces comprobó que ya no era prisionero suyo. «Este encuentro me confirma que he pasado todas las etapas por las que tenía que pasar», dice. Ante él, ya reconstruido, analiza a ese hombre irreconocible que tiene delante y profundiza en sus miserias, debilidades y carencias. Toma conciencia del perdón alcanzado y expresa su satisfacción: «Estoy contento de haber pasado por esta experiencia. Pude entrar en relación con esta persona sin sentirme presa del odio ni del deseo de venganza. Por eso pienso que el perdón no necesita ser pedido por el ofensor».

La confesión de un pederasta

Las íntimas revelaciones de Daniel Pittet se coronan en el libro con la confesión de su verdugo, el sacerdote pederasta Joël Allaz. Una declaración de enorme valor que recoge la monstruosidad de la pedofilia y

la desesperación por su padecimiento: «Tengo una doble personalidad. Actualmente, una parte de mí es normal y la otra es monstruosa. Soy consciente de lo que he hecho y me digo: ¿Pero, cómo es posible?».

El sacerdote, hoy alejado de toda labor pastoral y en tratamiento psiquiátrico, confiesa su culpa. Reconoce el dolor causado y la imposibilidad de reparar el daño: «Nunca podría cancelar la deuda». «Con respecto a Daniel, le pido perdón».